

# Las ideas importan

Una publicación como Diario Financiero, dedicada a informar sobre el comportamiento de los actores económicos y los mercados —y comprometida con la libre competencia, la transparencia y las reglas que velan por ellas—, se sustenta sobre la premisa de que la libertad económica existe. Sin embargo, como concepto y como práctica la libertad económica no es una variable garantizada del juego social. Debe ser constantemente explicada, defendida, impulsada. En estas páginas, el director del CEP recuerda que la posición de Chile en el índice que mide esta categoría es alta, pero ha venido en descenso. “Algo nos está pasando”, dice él, y quizás tenga razón.

Es esta preocupación la que nos ha movido a invitar a las cabezas de cuatro prestigiosos think tanks a compartir con nuestros lectores sus reflexiones sobre el estado de la libertad económica en Chile, como idea y como realidad tangible. ¿Por qué debe importarnos? ¿Qué nos jugamos como sociedad en la apuesta por la libertad económica —y por las libertades, en general— como motores de desarrollo y progreso? Estas columnas contribuyen a enriquecer la reflexión sobre un valor que estimamos central para nuestra misión como periódico. Porque para el mundo real en que las personas despliegan sus proyectos de vida, las ideas importan.

## Esa necesaria libertad



**LEONIDAS MONTES**  
 DIRECTOR CENTRO DE  
 ESTUDIOS PÚBLICOS

“El intercambio debe ser deliberado. Pero también justo, honesto e informado. El fundamento moral de la libertad económica está en la palabra anglosajona ‘fair’”.

■ El veleidoso concepto de libertad, principio y fundamento del liberalismo y del republicanismo clásico, encuentra una de sus vertientes visibles y manifiestas en la libertad económica. La relación entre ésta y el progreso, entendido este último en su sentido más amplio, es innegable. Pero no debemos olvidar que es una condición necesaria, aunque no suficiente.

Es evidente que otras variables no tan tangibles ni cuantificables también contribuyen al progreso. En suma, no podemos explicar todas las bondades del progreso sólo en función de la libertad económica. Los fenómenos que esculpen y delinear los contornos de nuestra sociedad no sólo son económicos, sino también políticos y culturales. Pero nada de lo anterior exime a la libertad económica de su rol necesario como condición para el progreso.

Y la razón es tan simple como profunda. Inmersos en la economía neoclásica, los economistas han puesto el foco en la utilidad, olvidando la verdadera fuente de esta joven disciplina. En sus orígenes, la economía política no contaba con las herramientas del cálculo diferencial e integral. Es más, antes de que existieran las Facultades de “ciencias” económicas,

la economía solía enseñarse en las Facultades de Derecho. En este proceso, lo que ganó en términos de rigor y pretensión científica, la distanció de sus orígenes. Y en este sueño de ser una ciencia, de paso casi olvidó que existe el intercambio.

Esta es la clave para entender la importancia de la economía. No en vano Adam Smith, su indiscutido padre, nos hablaba de ese principio o causa primera, que es el intercambio. Y a esta propensión del hombre le agregaba dos adjetivos: fair and deliberate. El intercambio debe ser deliberado, esto es, pensado. Pero también fair, esto es, justo, honesto e informado. El fundamento moral de la libertad económica se encuentra en la palabra anglosajona fair.

Después de esta breve reflexión, vamos a nuestra situación concreta. Hay muchos indicadores que intentan medir la libertad económica, pero el índice que elaboran en conjunto The Heritage Foundation y The Wall Street Journal es el más autorizado por su metodología, consistencia y trazabilidad. Este índice considera cuatro pilares: el rule of law (o imperio del derecho), el tamaño del Estado, la eficiencia regulatoria y la apertura del mercado. La máxima libertad se alcanzaría con 100 puntos, en una escala de 0 a 100. En el ranking de 2018, Chile aparece en el lugar 20, con 75.2 puntos. En términos económicos, somos un país “mayormente libre”. Y somos los únicos representantes de Latinoamérica en este destacado grupo.

Ahora bien, veamos la evolución. Chile alcanzó el peak de libertad económica el año 2013, con 79 puntos. Desde ese año sólo hemos bajado: 78.7 en 2014, 78.5 en 2015, 77.7 en 2016, 76.5 en 2017, y 75.2 para este año 2018. Algo nos está pasando. Aunque fuimos un modelo en términos de políticas públicas, debemos reconocer que ya no somos los jaguares del vecindario. Es evidente que nos sentamos en los laureles y que hay muchas tareas pendientes para recuperar esa libertad económica tan importante y necesaria para el progreso.

Este gobierno está comprometido con esa tarea y ha dado pasos importantes en esta dirección. Modernizar nuestro Estado y traerlo al siglo XXI, acercándolo a los ciudadanos, es un desafío de largo aliento que está avanzando. Perseverar en esta meta de largo plazo es fundamental para recuperar la libertad económica que promueve el progreso. Y para ello es necesario recordar que el Estado es de todos los chilenos, para todos los chilenos. Chile ya está maduro para emprender este gran desafío.

# A medio camino

**PABLO CORREA**

DIRECTOR EJECUTIVO  
HORIZONTAL



Hemos  
aumentado en grado  
enorme las libertades  
para emprender,  
invertir e innovar.  
Pero parece que,  
en el fondo, aún  
no creemos en la  
ética de la libertad  
económica”.

■ Cuando hablamos de libertad económica, en general lo hacemos pensando desde una perspectiva material. Es indudable que el libre mercado es el sistema que ha producido —desde el siglo XIX— la mayor transformación económica que la humanidad ha experimentado. Chile en particular ha gozado los últimos 40 años de ella, incrementando la riqueza de la nación a niveles que hace una generación hubieran sido insospechados. Por ello, en general cuando se hace un defensa del libre mercado, los argumentos materialistas y tecnocráticos tienden a liderar el debate.

Eso hace que la mayor parte de las veces nos olvidemos de la motivación ética que subyace a este modelo, que es la defensa de la capacidad de las personas para elegir y desarrollar sus propios proyectos de vida. La libre iniciativa es un valor moralmente valioso y que vale la pena defender, y esto incluye, por supuesto, la libertad económica.

Evidentemente, eso no equiva-





le —como muchas veces tiende a caricaturizarse— a buscar un modelo de capitalismo manchesteriano o a creer en la protección de la empresa y de determinados grupos de interés en desmedro del mercado. Por el contrario, creer en la moralidad del libre mercado es tener el deseo de contar con un andamiaje económico capaz de entregar, a cada uno de nosotros, las herramientas necesarias para poder ejercer plenamente nuestra libertad.

Esto implica, en la práctica, regular tanto la interferencia económica del Estado, como la de cualquier agente que atente contra la competencia y abuse de los consumidores y ciudadanos. Generar competencia “desde la demanda”; consumidores bien informados, que jueguen en una cancha pareja y que puedan libremente moverse. Y también competencia “desde la oferta”; un mercado sanamente regulado, donde se castiguen drásticamente los abusos.

Adicionalmente, si queremos

verdadera libertad, es necesario abogar por una economía que premie sin distinciones arbitrarias el mérito y el esfuerzo, con tolerancia cero a cualquier tipo de discriminación laboral, y que entregue mayor libertad para que los trabajadores puedan negociar aquello que hoy les está impedido por un rígido y anacrónico Código del Trabajo.

Todo esto es compatible con preocuparse de no dejar a nadie atrás: si queremos que el modelo económico esté centrado en la capacidad de las personas de ejercer sus libertades, siempre deberá en paralelo estar proveyendo y financiando en forma sostenible fuertes redes de protección social, que propendan a emparejar la cancha de las oportunidades.

Chile está a medio camino. Hemos aumentado en grado enorme las libertades para emprender, invertir e innovar. Pero parece que aún no creemos en el fondo en la ética de la libertad económica. Por una parte, el Estado sigue bus-

cando elegir por nosotros, bajo el argumento de protegernos (siendo el caso más evidente nuestro código laboral), mientras que el sector empresarial cae repetidamente en el “capitalismo de los amigos”, el uso de información privilegiada, la colusión, etc.

Para avanzar, necesitamos poner sobre el tapete no solamente las consecuencias que el libre mercado trae, como el crecimiento económico o el aumento en el bienestar material. Para enfrentar a quienes ven en eso sólo una vía de generación de desigualdades injustas, la defensa de la libertad debe recaer en su moralidad, que no es sino en confiar en las personas y en su capacidad de elegir qué vida quieren llevar. Y para quienes, por otra parte, ven en el modelo económico una forma de extraer riqueza o abusar del prójimo, hay que garantizar que no tengan el más mínimo espacio para participar del mercado.

En ambos aspectos, aún estamos a mitad del recorrido.

Fecha: 20/09/2018  
Fuente: Diario Financiero  
Pag: 12  
Art: 4  
Título: Las ideas importan

Tamaño: 6,8x19,6  
Cm2: 132,2  
VPE: \$ 1.171.556

Tiraje: 16.150  
Lectoría: 48.450  
Favorabilidad: ☐ No Definida



**GLORIA  
DE LA FUENTE**

DIRECTORA EJECUTIVA  
FUNDACIÓN CHILE 21

“Una mayor libertad económica, en ausencia de políticas públicas relevantes, puede no disminuir la pobreza y contribuir a la concentración de la riqueza”.



# Libertad económica, democracia y Estado

■ Chile se ha ubicado en los últimos diez años como uno de los países de mayor libertad económica, según el índice de la Heritage Foundation, que nos pone en el lugar 20, aunque con una baja producto de los escándalos de financiamiento de la política que han mermado la confianza pública.

Por cierto, un índice como éste no se refiere a cuestiones tales como desigualdad o desarrollo humano, que son también indicadores relevantes del foco fundamental que debiera tener una sociedad. Tras esta medición existe un supuesto, declarado en su propia web: que la ausencia de libertad económica y de oportunidades condena a los países a la pobreza. No cabe duda de que la experiencia de la humanidad nos demuestra que ello es, al menos, discutible, desde el punto de vista político como económico, pero plantea un desafío relevante para los Estados.

Desde lo político, es clave pensar en la fortaleza de los sistemas democráticos. No es la libertad económica la que trae necesariamente menos pobreza y mayor bienestar; se trata de un sistema cuyas instituciones no sólo estén enfocadas en la generación de condiciones para el crecimiento o el desarrollo económico, sino en que estos sean correctamente distri-

buidos para que ningún miembro del sistema esté en desventaja. Esto es un sistema donde la libertad y la igualdad operen a través de instituciones que funcionen con altos grados de legitimidad, donde el Estado de derecho funcione, donde la transparencia y la probidad se impongan a la corrupción, en otras palabras, se trata de democracias de alta calidad. En tal cuadro, una democracia que funciona puede generar condiciones para la libertad económica, pero la libertad económica que traería mayor desarrollo económico no necesariamente trae mayor democracia.

De hecho, tal como muestran Mainwaring y Pérez-Liñán (2004), es a lo menos cuestionable que la variable desarrollo y crecimiento económico sea constitutiva del desarrollo democrático para América Latina, lo que marca una diferencia con la tesis de Lipset de fines de los años 50, que demostraba esta correlación para los países desarrollados. De hecho, la evidencia parece indicar lo contrario, según estos autores, porque la excepcionalidad de América Latina se basa justamente en que no es posible establecer una relación de influencia entre el nivel de desarrollo y la democracia.

Desde el punto de vista económi-

co, la idea de que la mayor libertad económica trae disminución de la pobreza también tiene un sesgo. Una mayor libertad económica, en ausencia de políticas públicas relevantes, puede no disminuir la pobreza y contribuir a la concentración de la riqueza. El caso de Chile sirve para ilustrarlo: si bien la pobreza ha disminuido casi 30 puntos desde la recuperación de la democracia en 1990, lo que nos habla de una serie de políticas públicas exitosas y sostenidas en la materia, tenemos un debate pendiente sobre la distribución de la riqueza. Chile sigue siendo un país desigual, donde las oportunidades están distribuidas de manera inequitativa. Si bien las políticas públicas han avanzado en esta línea en los últimos años, es preciso generar un compromiso mayor de los gobiernos respecto a romper estas formas de la desigualdad, que están en la base de la sociedad y requieren una mirada integral sobre el rol del Estado.

Se trata, por tanto, no sólo de crear un clima de negocios adecuado, sino de un progreso que alcance para todos. Eso es la base de la paz social y de un sistema de libertad económica que ponga al centro no la acumulación de riqueza, sino que el bienestar de sus ciudadanos.

## Una libertad paradójica



**CLAUDIO ALVARADO R.**  
 DIRECTOR EJECUTIVO INSTITUTO  
 DE ESTUDIOS DE LA SOCIEDAD

**“Quienes valoran la economía social de mercado debieran ser los primeros en advertir que su defensa y promoción exige subrayar sus fundamentos extraeconómicos”.**

■ ¿Cuál es el estado de la libertad económica en nuestro país?

La pregunta, naturalmente, no admite respuestas simples. Desde luego, hay un sinnúmero de variables empíricas y técnicas involucradas. Ahora bien, quizá la mayor dificultad sea que al momento de analizar esta interrogante necesariamente intervienen otros factores, de naturaleza política y moral.

En otras palabras, es imposible abordar la pregunta en cuestión sin acudir a concepciones que exceden el plano estrictamente económico, relativas al fundamento, alcance y límite que atribuimos a la libertad en materia económica y, en general, a las libertades personales.

Tomar conciencia de lo anterior es indispensable, considerando que si algo caracteriza el estado actual de esas libertades en Chile, es la sensación ambivalente que despiertan en los ciudadanos. En principio, parece indudable que las dinámicas del consumo y de la llamada modernización capitalista han sido asumidas por la población. De hecho, este suele ser el argumento de quienes invitan a

comparar la cantidad de participantes a tal o cual marcha con los asistentes a un mall capitalino en un fin de semana promedio. Sin embargo, esta es sólo la mitad de la historia.

En efecto, dichas dinámicas conviven con un creciente rechazo a los abusos, colusiones y escándalos de corrupción que han afectado a diversos actores empresariales durante los últimos años, y que inevitablemente han repercutido en su legitimidad.

En este cuadro, lo primero que cabe concluir es que hoy resulta, cuando menos, insuficiente suponer —como lo hizo cierta derecha durante los 90— que la expansión del mercado y las libertades económicas pueden legitimarse por sí solas. En rigor, quienes valoran la economía social de mercado debieran ser los primeros en advertir que su defensa y promoción exige subrayar aquellos fundamentos extraeconómicos que permiten explicar por qué este sistema puede resultar valioso para la generalidad de la población, y no sólo para quienes son vistos como privilegiados.

Ahora bien, tal ejercicio —si aspira a la consistencia— obliga a adoptar actitudes y medidas que no siempre han estado en la mente de nuestras elites. Por de pronto, la distinción elemental entre ser “pro mercados” y “pro empresa”. Y aún más importante, la disposición a formular una crítica razonada al denominado “modelo”, capaz de adaptar las instituciones que sustentan nuestra economía a las necesidades de un país muy distinto al de dos o tres décadas atrás.

Sin ir más lejos, la difusión de una actitud de esta índole, abierta a enfrentar las tensiones y frustraciones que se fueron incubando en el Chile de los 90, probablemente habría atenuado la ola de movilizaciones que se desataron en 2011. Asimismo, nada permite descartar que ese tipo de olas no pueda volver en los próximos años. De ahí la relevancia de tomar en serio esta perspectiva, conscientes —como dijera Raymond Aron— de que el progreso trae consigo sus propias tensiones.

La paradoja, entonces, puede resumirse del modo siguiente: si de verdad nos importa la libertad económica, debemos mirar más allá de ella. Y si de veras apreciamos el tipo de orden que existe en Chile, debemos interrogar con toda la seriedad del caso nuestro proceso de modernización. Lo contrario puede ser muy reconfortante a corto plazo, pero demoleedor atendiendo a los procesos de larga duración.